

**ESTHER VÁZQUEZ Y DEL ÁRBOL Y JOSÉ LUIS VÁZQUEZ MARRUECOS 2007:
POESÍA ESCOCESA: ANTOLOGÍA BILINGÜE. GRANADA: EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE GRANADA. 362 PÁGINAS***

Pilar Villar Argáiz

Universidad de Granada

pvillar@ugr.es

La reciente aparición en el mercado editorial de esta antología bilingüe sobre poesía escocesa que encabeza esta reseña es de interés tanto para el público general como para el lector especializado. Con la excepción de la antología traducida por Antonio Rivero Taravillo (2003) *Canciones gaélicas: Antología de la poesía vernácula escocesa (Siglos XVI-XVIII)*, el público español se veía limitado a la hora de acceder a la poesía de autores escoceses, al apenas estar disponibles en traducciones españolas. Por tanto, se echaba en falta un volumen que, sin pretensiones de totalidad, elaborara una crónica amplia y bien documentada de esta vigorosa (y hasta hace bien poco ampliamente desconocida) producción.

Esta traducción, realizada por Esther Vázquez y del Árbol y José Luis Vázquez Marruecos representa una excelente recopilación de la poesía escocesa desde el siglo XVIII hasta nuestros días. En poco más de 360 páginas, los traductores han logrado reunir una síntesis bien estructurada y sugestiva de esta dilatada empresa literaria. El volumen sigue un orden estrictamente cronológico, comenzando con Robert Burns, considerado por muchos el poeta nacional de Escocia, y finalizando con Katleen Jamie, una de las voces femeninas emergentes dentro del panorama poético de Escocia. El repertorio de poemas traducidos es sumamente exhaustivo, teniendo en cuenta que, como toda antología literaria, se ve obligada a recortar, seleccionar y editar (se encuentran ausencias como, por ejemplo, la obra de Jackie Kay). Los traductores no sólo han incluido a autores ya célebres como Robert Burns, James Hogg, Robert Louis Stevenson o Sir Walter Scott; sino que también han incorporado textos representativos de poetas menos canónicos, generalmente ignorados fuera de sus fronteras a pesar de la relevancia que ocupan en su propia área cultural y geográfica, tales como John Davidson y Andrew John. En la selección de los textos traducidos, destaca la inclusión del canto X de “Don

Juan”, la obra maestra de Lord Byron, generalmente estudiada bajo la etiqueta de ‘literatura inglesa’, obviando que el autor descendía por línea materna de Jacobo I, rey de Escocia. El volumen recoge a su vez una importante selección de voces femeninas, como la hasta hace poco débilmente reconocida Carolina Oliphant (Lady Nairne), quién recopiló algunas de las más populares canciones folklóricas; y otras autoras más contemporáneas como Liz Lochhead, Carol Anne Duffy y Katleen Jamie, cuyos poemas manifiestan una preocupación persistente por cuestiones de género.

En cuanto a la organización de la antología, ésta se inicia con una concisa y completa introducción en la que se hace un breve, pero exhaustivo, repaso de los orígenes de la poesía escocesa hasta nuestros días, haciendo especial hincapié en dos de los portavoces más representativos del Renacimiento Literario Escocés del siglo XX: Hugh MacDiarmid y Edwin Muir. Los autores explican también cómo el rumbo histórico de Escocia, como colonia perteneciente al imperio Británico, contribuyó al declive de la tradición autóctona de los “Makars” (en escocés ‘autor’ o ‘poeta’), grupo de poetas medievales ligados a la corte de Jacobo IV. No es hasta el siglo XVIII, con la aparición de patriotas como Robert Fergusson y Robert Burns, que se produce un renacido interés por la tradición oral celta. La identidad nacional y cultural se convierte en uno de los ejes más determinantes de la poesía, el género literario más cultivado en Escocia, tal y como los traductores explican.

Una parte importante de la introducción está dedicada a analizar las distintas lenguas que desde el siglo VI conviven en Escocia: el gaélico, el escocés y el inglés. Se incluyen tres esclarecedores mapas que ilustran la difusión de la lengua escocesa, el lugar en donde se hablan los distintos dialectos y la densidad de hablantes de gaélico. Dicha sección es imprescindible para captar adecuadamente la esencia de la literatura escocesa, ya que posteriormente los autores reflexionan sobre el conflicto ideológico que supuso el empleo de una u otra lengua. Autores como MacDiarmid y Burns, por ejemplo, vieron las posibilidades literarias de los dialectos regionales y reivindicaron el uso de su lengua materna. Por el contrario, poetas como Edwin Muir abogaban por concentrarse en el inglés como lengua literaria, mostrando, tal y como

los autores indican, poca simpatía por el patriotismo escocés.

Esther Vázquez y del Árbol y José Luis Vázquez Marruecos no sólo se han limitado a traducir los textos, sino que también han incluido notas bio-bibliográficas, en la que se nos informa sobre la vida y obra de cada uno de los poetas traducidos, y se hace un breve repaso sobre sus influencias ideológicas y políticas, sus relaciones con los escritores de la época y su posición dentro del panorama literario escocés. El meticuloso conocimiento que los traductores demuestran sobre la obra de los escritores incluidos en la antología garantiza aun más la acertada selección de los textos.

El volumen se completa con notas a los poemas, que explican los términos locales y las referencias legendarias, folklóricas e históricas de los textos traducidos. Los poemas originales también van acompañados en ocasiones de notas explicativas, que traducen al inglés términos procedentes del “Scotts”, algo sumamente útil a la hora de leer a Hugh MacDiarmid, muy dado a introducir palabras propias del escocés y su pronunciación.

Lo primero que constato al leer esta antología es el florecimiento de una minoría, de tradicional y modesta calidad provinciana, silenciada por la poderosa poesía inglesa hasta el siglo XX, cuando renace de su color local e intenta incorporarse a la gran tradición de la poesía. Estamos en el siglo XXI y las minorías nacionales llaman a las puertas de las lenguas superiores, queriendo abrirse paso a codazos y reinventando su presente, su identidad nacional, su nacionalismo e incluso una lengua que nunca ha sido vista con buenos ojos ni por la lengua superior ni por los lectores. Es la rebelión de las minorías, iniciada a principios del siglo XX, a la que las grandes lenguas, y no sólo la inglesa, asisten mudas y expectantes ante palabras nuevas, perdidas, muertas, marginadas y que, de pronto, renacen como material de sentimientos secularmente silenciados. Me figuro que los padres de la poesía y del habla escocesa, desde Edwin Muir a Sir Walter Scott, presentes en la antología, verían hoy, encantados e incrédulos, este renacimiento que ni ellos mismos pudieron prever, al expresarse en una lengua que aprendieron en la escuela y que, ajena a su lengua materna, es hoy en la que brotan esos sentimientos universales que ellos hubieran querido expresar. Porque,

aunque tenemos ejemplos excepcionales de escritores que triunfan con éxito en otro idioma al de su niñez, casos del polaco Joseph Conrad en inglés o del español Juan Larrea en francés, lo normal es que el valor poético de la palabra, lo profundo de la expresión humana, sea intraducible al verse vertidos en otra lengua. Por algo Robert Louis Stevenson, reflejando la dualidad del escritor escocés obligado a escribir en inglés por necesidades comerciales, añorara su patria escocesa al escribir en la lengua del imperio, “Mártir por un salario”, como dice en su poema “El Torrero” (Vázquez y del Árbol y Vázquez Marruecos 2007: 151); y que Lord Byron en “Don Juan”, como si hablara de sí mismo, sintiera la traición a su idioma nativo: “El jurista y el crítico no hacen sino contemplar/ Los aspectos más viles de la literatura” (123). John Davidson, por idénticas razones, pasa de ser un maestro en la balada lírica narrativa, a escribir poemas filosóficos y tragedias insustanciales, que naturalmente no tuvieron éxito. De ahí también que poetas escoceses clásicos de gran aliento, como Burns y Hogg, no fueran considerados grandes y nunca alcanzaran la universidad que su genio merecía; y que la poesía escocesa quedara anclada en costumbres y localismos, relegada a la marginalidad, a lo pequeño, a los campesinos y al habla ritual; en definitiva, al estatus de segunda clase en el siglo XVIII.

Como los autores explican en la introducción, el siglo XIX tampoco vio el triunfo de la poesía escocesa. Las minorías todavía no habían reivindicado su lugar al sol y malvivían a base de una sentimentalidad engañosa y de ripios, tal como la define Hugh MacDiarmid, el primero quizá en romper con el pasado de esclavitud con el inglés del imperio. La poesía escocesa, en consecuencia, incapaz de incorporarse a la gran corriente general, tendría que esperar todavía un siglo para encontrar su tiempo y lugar. Porque sería efectivamente a finales del XX, como señalan los traductores, cuando ha salido a flote dicha poesía de la mano de Asociaciones para los Estudios Literarios Escoceses, de las editoriales universitarias de Aberdeen y Edimburgo, así como de *The Polygon Press*. Será entonces cuando los poetas sientan la necesidad de ser ellos mismos con su lengua de la infancia, regresando a sus orígenes y renunciando al mercado y al complejo de que la literatura sería y de calidad debe escribirse en el inglés de Inglaterra, como venía siendo tradicional. Gracias a ellos, los poetas hoy descienden a lo particular y a lo singular,

a los giros de su idioma y al mundo de pasiones y estados de ánimo, que es donde se encuentra la universalidad. Si para ello, el poeta necesita recurrir a un determinado léxico con el que transmitir su estado de ánimo – la angustia, el amor, lo onírico e irreal – el no hacerlo, el no emplear los recursos de la lengua de su niñez, hubiera supuesto convertirse en traductores y no en creadores, en la muerte misma de su impulso creativo. Porque, por difíciles que sean los términos y expresiones escoceses – como reconoce Liz Lochhead en su poema “En algo de lo que no” (“No estamos expresándonos en términos exactos”, 309) – el poeta no puede renunciar ni a su lengua ni a los sentimientos profundos de su vida.

Lo primero que asombra al lector de esta Antología es la gran riqueza temática de los poemas traducidos. Muchos de ellos son de espíritu patriótico, ensalzando importantes eventos históricos como la Batalla de Bannockburn en la Guerra de la Independencia (“La Marcha de Robert Bruce hasta Bannockburn”, de Robert Burns) u otros episodios sangrientos de la historia escocesa. Otros, por el contrario, expresan abiertamente su rechazo al apasionado nacionalismo promulgado por Robert Burns, como se observa en “Escocia 1941”, en donde Edwin Muir ataca ferozmente el patriotismo subyacente en la obra de sus antecesores: “Burns y Scott, falsos bardos de una falsa nación” (205). Nos encontramos también con poemas que describen con nitidez los paisajes y la herencia folklórica de Escocia. Mientras que la obra de George Mackay Brown se nutre de la tradición cultural de leyendas y baladas, Hugh MacDiarmid alaba las bellezas paisajísticas de su tierra natal, ensalzando sus brezos, zarzamoras, presas tornasoladas, y por encima de todo, la flor de cardo (*Thistle*) como emblema nacional escocés. Otros autores expresan el amor por su Escocia natal desde un punto de vista más místico. Poemas como “Las Palomas Silvestres”, de Andrew Young, adquieren connotaciones claramente Emersianas, en su observación mística de las leyes de la naturaleza. El estilo de la obra de Norman MacCaig es similarmente metafísico: en “Granja Estival”, por ejemplo, el poeta, en armonía con la naturaleza, se convierte en esa especie de “transparent eye-ball” que Emerson (1836: 442) menciona en su famoso ensayo *Nature*, por el que circulan todo tipo de corrientes cósmicas:

Ser bajo ser, un montón de seres mantengo
 Enhebrados en el tiempo, y con mano metafísica
 Levanto la granja como un párpado y veo
 Una granja dentro de otra, y en el centro, a mí.

(Vázquez y del Árbol y Vázquez Marruecos 2007: 241).

Dicha correspondencia entre el universo (macrocosmos) y el alma individual (microcosmos) se observa también en “Semblanzas”, poema del mismo autor. Por tanto, creemos que esta Antología es valiosa no sólo como obra introductoria al amplio espectro de la poesía escocesa, sino también como profundización a corrientes literarias afines en otros países como los EEUU.

Aunque los paisajes rurales de las *Highlands* y *Midlands* resuenan en muchos de los poemas (al estilo de Douglas Dunn, quien afirma en “Amor a la tierra”: “¡Tal amor que persiste en los campos de la vidal!”, 305), también lo hacen los suburbios de Riddrie y Bridgeton en Glasgow, o los barrios de Dundee y Aberdeen, reflejando la vida actual en la ciudad y la vorágine de la Escocia del siglo XXI. Dicha versatilidad de imágenes también se observa en los personajes aludidos en los poemas: no sólo nos encontramos con héroes y patriotas escoceses como Wallace y Bruce (“Escocia 1941”, Edwin Muir; “Qué panda de bellacos de una nación”, Robert Burns), sino también con personajes que sobresalen por su cotidianeidad como lo son “la hija del molinero” (“El Invierno de Escocia”, Edwin Muir, 207) o “la mujer de la pescadería” (“Escocia”, Alastair Reid, 287). El carácter provinciano que tan claramente caracteriza a muchos de los autores escoceses se recoge también en la selección de los poemas traducidos: la lengua de los campesinos, pescadores y pastores subyace claramente en poemas como “Loa a una perrita Escocesa”, de Norman MacCraig, o “Un Borracho Mira el Thistle” de Mugh MacDiarmid, en donde Hugo MacDiarmid ensalza “el adusto pensamiento provinciano/ Que distingue a la raza escocesa” (213).

Aparte del interés que el libro puede tener para todos los apasionados de la poesía escocesa, estas 362 páginas representan una lectura apasionante, se conozca o no la literatura de dicho país. Tal y como los traductores indican en varias de sus anotaciones, la etiqueta

de “poeta escocés” no es fácilmente ajustable a todos los escritores seleccionados, como Alastair Reid o Carol Ann Duffy, en cuyas obras predomina la ausencia de raíces. Dichos autores, al igual que los anteriormente mencionados, abordan los distintos temas universales inherentes al quehacer poético: la sexualidad y el amor (“La Cita”, de William Scoutar), la muerte (“En la tumba de mi padre”, de Hugh MacDiarmid), el exilio y la familia (“Intruso en un determinado paisaje”, Norman MacCaig), todos ellos vistos desde el prisma personal de cada poeta. La antología también pone de manifiesto la gran preocupación sociopolítica de muchos otros escritores, que abordan abiertamente las diferencias sociales de clase (como en “Un barrio del norte”, de John Davidson) o la dignidad silenciada de los mutilados por la guerra (como en “Ciego de Guerra”, de Douglas Dunn).

Junto a esta diversidad temática, el volumen también destaca por la minuciosidad con la que los autores abordan el arduo proceso que supone la traducción poética. Soy de las que opina que sólo puede haber paralelismo entre traducción y creación poética cuando el traductor mismo es un poeta a la altura y sensibilidad artística del poeta que traduce. Así se han vertido en nuestra lengua a poetas tan complejos como Walt Whitman y Emily Dickinson (Villar Raso 2005, 2006), o a los clásicos, vertidos al español por grandes poetas o por traductores con un oficio refinado y una amplia bibliografía, como los que aquí nos ocupa. De José Luis Vázquez Marruecos sabemos que es capaz de volcar al español las más finas esencias de autores ingleses y al contrario, de llevar al inglés a autores españoles tan complejos como Antonio Carvajal (1997, 1998), Francisco Acuyo (2001a) y Elena Martín Vivaldi (2001b). Y otro tanto puede decirse de Esther Vázquez y del Árbol, coautora de similares textos y autores, con idéntica soltura a la de Vázquez Marruecos en ambas lenguas.

En líneas generales, la traducción resulta muy literal y bastante fiel. La versión en castellano del poema “Scotland’s Winter” (“El Invierno en Escocia”) de Edwin Muir, por ejemplo, mantiene intacta la calidad emotiva del original en inglés, revelando en todo su esplendor la precisión lingüística y el estilo vivo y atractivo que caracteriza a dicho poeta. Y lo mismo se puede decir de la traducción de poemas como “The Little White Rose” (“La Pequeña Rosa Blanca”) de Hugh MacDiarmid, una de las más bellas manifestaciones

patrióticas, cuya versión en español es fiel reflejo de la simplicidad y estructura formal del original:

La rosa de todo el mundo no es para mí.
Yo por mi parte
Sólo quiero la pequeña rosa blanca de Escocia
Que huele de forma penetrante y dulce – y rompe el
corazón.

(Vázquez y del Árbol y Vázquez Marruecos 2007: 223)

En todo momento, los traductores reflejan de forma exacta la puntuación, capitalización y uso de guiones de los originales, intentado ajustarse, dentro de las limitaciones que implica dicha labor, a la rima y métrica del verso. En ocasiones, se desvían de una traducción meramente literal para mantener la vivacidad poética del texto, tal y como se refleja en la traducción de “Intruder in a Set Scene” (“Intruso en un Determinado Paisaje”) de Norman MacCaig. En dicho poema, los autores fieles a la estructura onomatopéyica del primer verso, traducen “The Way the water goes is blink blink blink” como “El modo en que el agua fluye es plinc plinc plinc”, reteniendo así la analogía del sonido con el original (250-251). Lo mismo se puede decir de la traducción de los versos finales de “Words, Wide Night” (“Palabras, Larga Noche”) de Carol Ann Duffy, en la que los autores conservan hábilmente la aliteración y el juego de palabras del poema original: “Pues estoy enamorada de ti y esto/ Es lo que es o lo que es en palabras” (“For I am in love with you and this/ Is what it is like or what it is like in words”, 326-327). Por tanto, Esther Vázquez y del Árbol y José Luis Vázquez Marruecos demuestran en todo momento su seguridad al enfrentarse ante las complejidades sintácticas del verso.

En definitiva, debemos felicitar a los autores por la compleja labor realizada en esta antología, que cumple sobradamente la función de acercar la poesía escocesa al público español. Si traducir poesía es de por sí una tarea bastante ardua, enfrentarse a la selección de los textos más representativos de la poesía escocesa supone un auténtico desafío. Hay que reconocer, por tanto, el valor demostrado por Esther Vázquez y del Árbol y José Luis Vázquez Marruecos al aceptar tal reto,

y más aún, cuando la antología que hoy reseñamos combina traducción y anotaciones críticas.

OBRAS CITADAS

- Emerson, R.W. 1995 (1836). *Nature* en N. Baym et al., eds. *The Norton Anthology of American Literature* (4ª ed.). Nueva York & Londres: Norton.
- Rivero Taravillo, A. ed. y trad. 2003. *Canciones gaélicas. Antología de la poesía vernácula escocesa (Siglos XVI-XVIII)*. Málaga: Diputación Provincial de Málaga (Colección MaRemoto).
- Vázquez y del Árbol E. y Vázquez Marruecos J.L. 1997. *Antonio Carvajal: Winter Testimony*. Granada: Método Ediciones.
- 1998. *Antonio Carvajal: Soul Shining Region*. Granada: Método Ediciones.
- 2001a. *Francisco Acuyo: Bilingual Anthology*. Granada: Método Ediciones.
- 2001b. *Elena Martín Vivaldi (Selected Poems)*. Granada: Método Ediciones.
- Villar Raso, M. ed. y trad. 2005. *Walt Whitman: Hojas de Hierba (Antología Bilingüe)*. Madrid: Alianza Editorial.
- 2006. *Emily Dickinson: Crónica de Plata (Poemas Escogidos)* (2ª ed.). Madrid: Hiperión.